

“DE LA COLOR DE LOS CANARIOS” (PRIMERAS IMÁGENES DEL ABORIGEN AMERICANO)

Francisco Morales Padrón

EL ENCUBRIMIENTO DE UN NUEVO SER

De entrada constituyó un grave error llamar indios a aquellos seres avistados el 12 de octubre de 1492. Un cúmulo de errores estaba en la base del plan colombino y sobre errores continuarían apoyándose sus concepciones. La historia del europeo en América se inició como fruto de una confusión. Y si fue una equivocación creer que se había llegado a la India gangética, error fue denominar *indios* a sus pobladores y más engañoso generalizar la denominación a todos los habitantes del continente. Las poblaciones o civilizaciones americanas, diversas en niveles de desarrollo político, económico, cultural, etc., fueron englobadas, para simplificar, bajo un solo concepto, con similar desacierto al que hoy cometemos al denominar con exclusividad *americanos* a los estadounidenses.



Los nativos de lo que sería América eran distintos en múltiples aspectos, aunque se diesen algunos rasgos comunes. Y diversos serían también los europeos que teorizaron sobre aquel nuevo mundo, algunos de los cuales actuarían con un conocimiento directo de él, y otros indirectamente. A la diversidad de lo nuevo (lo encontrado) y a la pluralidad del observador (descubridor) se añadía la dificultad para transmitir lo visto a través de la palabra, la letra o del dibujo a causa, entre otras razones, de las limitaciones, de la propia carga cultural y las ideas previas del descubridor.

Llegar al Nuevo Mundo fue fruto del viaje de unos marinos que pretendían llegar a la India del Ganges a Catay, pero ellos no advirtieron en su integridad la originalidad de lo hallado, no percibieron su identidad, no captaron su no asiaticidad. Ellos creyeron que habían descubierto un nuevo camino hacia la India gangética y tierras aledañas al Asia, cuando no parte de la misma Asia. Sería un proceso largo, que la cartografía refleja, el que llevó al convencimiento y al conocimiento de que aquello no era la India ni sus habitantes eran indios. Cuando lo advirtieron ya era tarde para rectificar; lo más que se pudo hacer fue denominar lo desvelado como Nuevo Mundo, pero sus habitantes taínos, aztecas, totonacas, quimbayas, aymaras, charrúas, tupís, etc., siguieron siendo *indios*. El proceso, en nuestro intento, se complica porque ahora nosotros, poseedores de una cultura que no es la propia del hombre del siglo XVI, queremos analizar cómo este vio al aborígen americano, todo ello desde una cultura que no era la del individuo descubierto y que tampoco es la nuestra actual.



Todo fue y es difícil. Y todo, lo dijimos, se inició con equívocos. Comenzó el proceso con intenciones de arribar o localizar algo que constituyó un desencanto, pese a la euforia epistolar del Almirante. El verdadero descubrimiento no se produjo el 12 de octubre. La aprehensión de la diversidad, de lo distinto, de la identidad de aquello totalmente nuevo exigió un proceso de varios años. El tiempo, la mentalidad, la formación cultural, el peso de la tradición, etc., influyeron en esa percepción de lo americano, donde estuvo incluido el indígena sobre cuyo origen y condición llevó a más de uno a discusiones en las que se les llega a considerar descendientes de las tribus de Israel, infieles o paganos. De por sí tales interrogantes y suposiciones nos demuestran cuánta perplejidad se dio pasada la fecha inicial ante una geografía y humanidad inéditas e inesperadas.¹

En las primeras descripciones del ser americano realizadas por el europeo se advierte un evidente eurocentrismo, el uso de estereotipos y un talante de superioridad que refleja prejuicios y discriminaciones. Aparte, claro, de una indudable incapacidad para transmitir la desconocida naturaleza. Las descripciones deformaban lo hallado (una iguana no es una serpiente) y no reflejaban la realidad ante la cual se creía estar (Cuba no era un extremo de Asia).

La originalidad de lo desvelado no radicaba en la antropología del indio; los europeos conocían a los asiáticos, tan parecidos a los americanos, descritos en los relatos medievales de Carpini, de Roubrouck o de Marco Polo. Algunos europeos, según Hernando Colón,

contemplaron cadáveres de indígenas americanos desplazados en canoas hasta las costas del Viejo Mundo.²

SON DE LA COLOR DE LOS CANARIOS

La larga anotación colombina del 11 al 12 de octubre del *Diario* establece por vez primera la relación Canarias-América cuando el Almirante anota que los indígenas que acaba de descubrir en las Lucayas “son de la color de los canarios”. Su hijo Hernando le da una pincelada más al retrato añadiendo que la color como los canarios era el “aceitunado... como los campesinos quemados por el sol” repitiendo algo similar a lo observado por los autores de *Le Canarien*³ con respecto a los aborígenes canarios. Y el mismo don Hernando Colón refuerza ese inicial comienzo de las relaciones Canarias-América cuando apostilla que su padre descubrió, en los primeros días de diciembre, la isla de la Tortuga “tan grande como Gran Canaria”.⁴



Merece la pena detenerse ante este breve apunte en cuanto que de inmediato nos preguntamos: ¿Conocía Colón directamente a los indígenas canarios? Sin duda. Estuvo cerca de un mes en el Archipiélago durante su primer viaje y los estudiosos de las navegaciones del genovés por el Atlántico antes de 1492 suponen que navegó por sus aguas y más al sur hasta Cabo Verde, hecho que él mismo confirma al manifestar que anduvo por la costa de la Malagueta. Colón pudo saber lo que era un indígena canario porque estos como esclavos se vendían habitualmente en los mercados de Lisboa, Valencia o Sevilla. Lo interesante, además de lo dicho, es que la comparación en cuanto al color que hace el Almirante nos recuerda a lo que dicen los autores de *Le Canarien*, crónica de los intentos de conquista normanda de las Canarias. Aparte de otras características que los responsables de tal crónica hacen al describir el archipiélago isla por isla, comprobamos que siempre en todas ellas constatan la variedad de su orografía y botánica y reiteradamente notifican la desnudez de parte de los canarios, una de las notas precisamente que más impresionaron a Colón con respecto a los indios de las Antillas. Dejemos que los mismos cronistas normandos nos mencionen o tracen el cuadro de aquellos no europeos que vivían aún en un gran atraso cultural pese a su cercanía a Europa. Carecían de metales, escriben los cronistas, que insisten en la belleza de las mujeres, aluden a que son buenos nadadores y usan algunos unas pintaderas con que se blasonan el cuerpo y,

algo interesante, mencionan la visión que, desde la isla de El Hierro, se tiene de una isla denominada Reyes y de unos peces que los marineros llaman sirenas, lo cual inevitablemente nos trae el recuerdo de toda la geografía mítica o fantástica medieval del Atlántico.⁵ Insistiendo sobre la tipificación o característica que nos ha llevado a este comentario, la del color de los canarios con respecto a los indígenas de las Lucayas, los autores de *Le Canarien* explican que parte de la población canaria es blanca y rubia pero que adquieren el color tostado por pasar muchas horas al sol. En los dibujos que adornan el texto se pintan unos seres que no parecen haber sido esbozados directamente de la realidad como evidencian los escudos y cascos que lucen. El asombro que produjo a los descubridores los seres hallados aquel amanecer de octubre estuvo, primero, en su desnudez, y luego, en próximos viajes, en la antropofagia (no practicada por los canarios) y la bestialidad (comer alimañas). La desnudez fue considerada unas veces como condición de ignorancia, y otras cual símbolo de un estado de felicidad natural y prueba de una inferioridad cultural, en tanto que el canibalismo (comer carne viva y alimañas) sirvió para hablar de bestialidad. A estas notas, los descubridores apuntaron otras negativas como la sodomía, la ferocidad y la carencia de metales y de régimen político o religión, etc. Nadie, curiosamente, los confundió -ni siquiera a los caribes- con el salvaje peludo medieval, tema decorativo en la arquitectura y que sin duda los viajes de exploración antes de 1492 ayudaron a difundir. La única y tardía relación que se puede establecer es el ejercer similares cometidos en jambas de puertas o en caríatides.⁶

En *Le Canarien* se menciona la carencia de metales por parte de los canarios, o de uso exclusivo de la carne en alguna isla, pero nada relacionado con la antropofagia. Se alude, eso sí, a que son buenos nadadores los grancanarios como también lo eran los que el 13 de octubre se acercaron a las carabelas descubridoras. Anotemos que con respecto a Tenerife, se dice por los cronistas de *Le Canarien* que sus habitantes son de pequeña estatura, eso que nos recuerda a los pigmeos, o por el contrario, a los gigantes, que afirmaron haber visto más de un descubridor en próximos años. Insistiendo sobre la tipificación o característica que nos ha llevado a este comentario, de la color de los canarios con respecto a los indígenas de las Lucayas, los autores de *Le Canarien* explican que parte de la población canaria es blanca, pero adquieren este color tostado por razones ya expuestas. En los dibujos que adornan el texto citado, se pintan unos seres que no parecen haber sido dibujados directamente de la realidad. El desnudismo, en efecto, es reiteradamente citado en las crónicas, pero los escudos, cascos y hasta la barba que algún indígena lleva parece ser más fruto de la fantasía que de la realidad.

Volvamos al hilo de nuestra exposición tocante al descubrimiento colombino y la primera visión que se tiene de los indígenas antillanos.

LA PRIMERA VISIÓN COLOMBINA

Como decíamos, retornemos a nuestra intención al afirmar que descubrir al indio americano como descubrir a toda la naturaleza de aquel mundo nuevo consistió en darse cuenta de su variedad, captar su identidad, describirla y difundirla, determinando un reajuste de las ideas tenidas hasta entonces. En este proceso del europeo, según afirmamos, se vio limitado o determinado por su propia formación y herencia cultural, lo cual le llevó a entender y expresar lo nuevo mediante viejas ideas y conceptos que no siempre resultaban exactos o adecuados. Porque una *canoas* no era una almadía, ni un *cacique* era un mayoral, ni el *maíz* era el mijo. Son mecanismos y comparaciones que seguimos utilizando en nuestro empeño por transmitir lo inédito.

Imperaban unas nociones un tanto míticas sobre la realidad geográfica del Atlántico, mar terrorífico donde flotaban la Antilla, las Siete Ciudades, Brasil, San Borondón, etc., que recordamos al hablar en *Le Canarien* de la existencia de una isla poblada por gente de color encarnada. Se admitía la tesis sosteniendo la posibilidad de navegar hacia el oeste, que permitiría hallar islas como las citadas, luego Asia y hasta una región paradisíaca que Colón creyó haber encontrado durante su tercer viaje, como existía la idea de que la distancia entre Europa y Asia yendo por el mar tenido por tenebroso no era tan larga como algunos suponían. De esto precisamente hablará Anglería al referirse a los papagayos. El humanista escribe:

Dicen que no vieron ningún animal cuadrúpedo, fuera de tres clases de conejos [...] Cogieron cuarenta papagayos, de los cuales unos eran verdes, otros amarillos en todo el cuerpo, otros semejantes a los de la India, con su collar de bermellón, como dice Plinio, pero de colores vivísimos y sobremanera alegres. Las alas las tienen de diversos colores, pues las plumas verdes y amarillas tienen mezcladas algunas azules y purpúreas, la cual variedad deleita muchísimo.

He querido referir estas cosas de los papagayos, oh Príncipe ilustrísimo, aunque la opinión de este Cristóbal Colón parezca estar en oposición con la grandeza de la esfera y la opinión de los antiguos acerca del mundo navegable; sin embargo, los mismo papagayos traídos y otras muchas cosas indican que estas islas, o por cercanía o por naturaleza, saben a suelo indio, principalmente siendo así que Aristóteles, cerca del fin del libro *De coelo et mundo*, Séneca y otros sabios cosmógrafos, atestiguan que las playas de la India no distan de España mucho trecho de mar por Occidente.

Tal vez estas ideas previas, y la misma estampa que el indio americano ofreció en las Antillas, hizo que se le identificara al principio, y posteriormente a algunos de ellos, con algo que acabaría siendo *el buen salvaje* del siglo XVIII.

LA PRIMERA CARTA SOBRE EL NUEVO MUNDO

Aparte del *Diario*, el marino genovés redactó unas misivas dando cuenta de su navegación con intenciones notificadoras y presintiendo que unas tormentas que hicieron peligrar su retorno le impidiesen concluir su periplo.

La primera carta escrita durante el regreso, no sabemos exactamente el lugar donde se encontraba cuando la realiza aunque él la fecha “a la altura de las Canarias”. Sin duda para demostrar que no ha transgredido los derechos portugueses. Destinadas sin duda a los Reyes, esta se ha perdido conservándose las que también dirigió a Luis de Santángel y Gabriel Sánchez.⁷ Editada en Barcelona en abril de 1493, con ilustraciones que varían, en ellas destacan la desnudez del indígena, la presencia de una palmera y de una especie de bohío; alude al excelente escenario que acaba de descubrir y se refiere a sus pobladores en tono positivo, los describe como gente sencilla, bien dispuestos, de hermosa estatura, temerosos, inmersos en una vida pobre, desconocedores del hierro, del acero y de las armas, y desnudos, lo que equivale a inocencia. Completa el Almirante su retrato indicando que son gente de sutil ingenio, buenos navegantes, generosos pues dan todo por cualquier cosa, incluso el corazón, de fácil cristianización. No conocen ninguna secta ni idolatría, salvo que creen que todas las fuerzas y el bien están en el cielo, de donde pensaban que venían los cristianos. No vio ninguna bestia, es decir, monstruos,⁸ tema preocupante en la Antigüedad. Buscando estas cosas extraordinarias tratarán de las *amazonas*⁹ y los gigantes, de los cuales hablará Vespucio.

Colón alude indirectamente a las amazonas y el 4 de noviembre cree entender que lejos había hombres con un ojo y otros con hocico de perro que comían hombres, cuya sangre bebían y cuya natura se comían. Esta idea de antropofagia persistirá ya, pudiendo comprobarse cómo Diego Velázquez, gobernador de Cuba, le ordena a Cortés que averigüe si hay gente con orejas grandes y caras de perro. Vespucio, según hicimos constar supra, uno de los iniciadores del mito de la antropofagia, hablará también de gigantes, temas todos que los hombres del momento colombino han heredado buscando no solo esto, sino escenarios donde hallar riquezas y donde situar utopías que en el XVIII originarán el tema del buen salvaje y las nuevas disputas sobre el Nuevo Mundo, ya entonces llamado América.

Idílica es la primera visión colombina, reflejada en su carta anunciadora, e idílico son los cuadros de Hernando Colón y Fray Bartolomé de Las Casas que se inspiraron en el Diario colombino. Para Hernando Colón,¹⁰ los aborígenes que su padre encontró eran seres primitivamente simples, desnudos tal como habían nacido, casi todos jóvenes, no pasaban de los 30 años. Bien formados y de buena estatura; y con cabellos lacios, gruesos y muy negros, cortos por encima o por debajo de las orejas o los enrollan a la altura de estas, y otros se los ataban en torno a la cabeza. De rostro agradable y de facciones hermosas, sin embargo les afeaba algo la frente por tenerla ancha. Algunos llevaban pintados todo el cuerpo de negro, blanco y rojo, los ojos o la nariz. Carecían de armas y cuando les enseñaban las espadas se cortaban los dedos al pasarlos por su filo. La sorpresa que aquello les causaba recuerda a la que les produciría el arcabuz, o la escritura. Evocándonos al *Le Canarien*, Hernando Colón reitera que los aborígenes americanos descubiertos eran “de color aceitunado, como los canarios o los campesinos que se ponen mucho al Sol”.

Las Casas¹¹ casi repite lo que acabamos de leer, mostrando su debilidad por estos seres “hospitalarios y pacíficos”, desnudos, bien hechos, mansos, de gran pacabilidad (tranquilidad) e inclinaciones virtuosas, buenos ingenios, prontitud o prontísima disposición para recibir nuestra santa fe y ser imbuidos en la religión cristiana, muy jóvenes, muy pobres, con los cuerpos pintados de blanco, de negro y de colorado, desconocedores de los metales “y de la color de los canarios” ni negros ni blancos.

La descripción colombina refleja la imagen del hombre americano que se va a difundir por Europa en versiones latinas e italianas de la citada misiva, a las cuales se le incorporan unos grabados ilustradores. La edición que se hace en Basilea, en 1493, es conocida por su título: *De Insulis Inventis Epistola Cristofori Colom*, enriquecida con siete grabados. El grabado de la página 2 ilustra el texto e incluye la primera representación gráfica de los habitantes de América. Distinguimos una galera (error) en primer plano, una isla en segundo término, un grupo de isleños entre árboles, dos europeos en una barca con atuendo amoriscado que ofrecen algo, y unos indios desnudos con pelo corto que entregan algo. No cabe duda que el texto de la carta colombina es la fuente de inspiración. Recordemos que el mismo Colón había escrito que andan todos desnudos, que algunas mujeres se cubren con una hoja o trozo de tela de algodón, que viven sin engaño, son liberales, y alude al intercambio de productos que se produjo de inmediato.

Las tres ediciones que se lanzan en París en el mismo año de la carta colombina, incluyen ilustraciones que nada tienen que ver con el contenido del texto. En cambio, en la edición que en verso se hace en Roma, en junio de 1493, incluye un interesante grabado pues responde a las noticias colombinas: se ve al rey don Fernando, una isla y unas palmeras (que Colón menciona), tres barcos, dos viviendas y media docena de indios desnudos más dos mujeres con sus taparrabos. Dos indios parecen llevar lanzas. Grabado similar a este lleva la edición

de la carta realizada en Florencia en octubre del 93. Un tardío grabado de 1550 recogiendo la entrada de Enrique II y Catalina de Medici en Rouen, muestra a unos indios de la “isla del Brasil” muy similares al conjunto de aborígenes desnudos de la carta colombina. Cabe continuar hablando de otras ediciones ilustradas con grabados, pero no hay novedad. En 1494, en Basilea, el poeta y jurista Sebastián Brant en su obra *La nave de los locos*, consigna los versos que siguen, alusivos al mundo americano: “Han sido descubiertas islas ricas en oro y pobladas de gentes desnudas, hasta ahora desconocidas”. En tales versos están presentes los dos tópicos colombinos: riquezas y desnudez. La desnudez, en este caso, como una condición peyorativa. La fuente de Brant ha sido la Carta de Colón, de la que sólo le interesa, dado la índole moralizante de su libro, lo que hemos citado. Lo expuesto, relacionado y escrito -cartas y grabados- constituyen la primera “fotografía” realizada de la naturaleza americana y de sus habitantes. Imagen que más de uno reforzó al contemplar los primitivos que acompañaron a Colón. El encuentro que el español tuvo con el mundo americano, los textos que él inspiró, las pinturas o grabados que motivó, la visión del indio se logró confirmar o completar parcialmente con imágenes unas veces directas y otras indirectas.

EL ABORIGEN AMERICANO DESCUBRE A EUROPA



Los primeros europeos con los que los aborígenes que Colón trajo tuvieron roce fueron los habitantes de Lisboa pues, al parecer impulsados por unas tormentas, el Almirante se vio obligado a recalar en la capital portuguesa. Los lisboetas sin duda vieron con sorpresa aquellos seres semidesnudos, aquellas aves de extraños colores y aquellos exóticos objetos procedentes de un mundo hasta entonces soñado y presentido. En Castilla fueron los habitantes de Palos de la Frontera los primeros en experimentar la sorpresa ante lo nuevo, la alegría por los que retornaban y la tristeza por los que Colón dejó en el fortín de la Navidad. Las Casas los contempló en Sevilla, formando parte de una comitiva que desfiló por las calles de la ciudad el 31 de marzo de 1493 (Domingo de Ramos), integrada por siete indios, papagayos rojos y verdes, carátulas, cintos y muchas otras cosas nunca vistas ni oídas en España. El original grupo se hospedó en el sevillano arco de las imágenes de la colación de San Nicolás y prosiguió su peregrinación hacia la Corte. Los pueblos se vaciaban y los caminos se “hinchaban” para verlos pasar. En 1496 volverían a contemplar los sevillanos a aquellos extraños seres procedentes de Ultramar. El cortejo sería más espectacular que tres años antes, porque venía el cacique Caonaboa, de unos 35 años, bautizado Diego, al que cada vez que entraban en una localidad Colón le hacía poner un deslumbrante collar de oro que pesaba 600 castellanos, y que el cura-cronista Andrés Bernaldez¹² confiesa haber tenido entre

sus manos.¹³ Además le acompañaban un sobrino del cacique de unos diez años, papagayos, cinco coronas, carátulas con cara de gato y lechuza, tallas de maderas, vestidos de algodón y una gran corona.

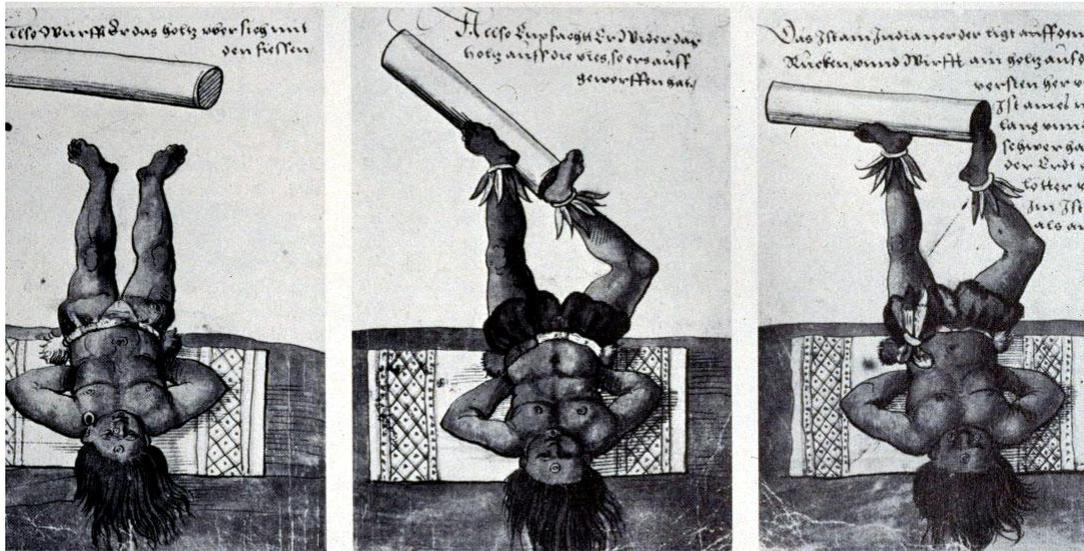
Colón, como colonizador formado en Portugal, concibe la acción ultramarina al igual que la de los portugueses realizada en África. Piensa en factorías. En su carta anunciadora indica que los indios serían buenos servidores, palabra que algunos la consideran sinónimo de esclavos. El Almirante que en su primera navegación cargó con varios indios, será el primero en enviar un cargamento de nativos para ser vendidos, y le explica a los Reyes que ha apresado a algunos para que aprendan el español y así entenderse con ellos. La reina reprobó este tratamiento y ordenó la devolución de los aborígenes, pero el genovés no respetará lo ordenado y los mismos colonos remitirán esclavos como lo hiciera el padre de fray Bartolomé de Las Casas que le trajo de regalo a su hijo un indio. Curiosamente, en próximas navegaciones por Jamaica, los españoles vivirán una patética o singular escena: el ruego de un nativo joven lloroso, que le pide a los descubridores se lo lleven a España. El envío de indios y su venta como esclavos continuará, no solo de aborígenes procedentes de América, sino también de Canarias, islas que con Sevilla y Valencia fueron centros del gran negocio de venta y compra de seres humanos que podía lucir tatuados en la mejilla con una S y un clavo para denotar su condición de esclavo. Informes no documentales sino basados en una tradición nos afirman la existencia en Utrera de rastros relacionados con esclavos o artesanos de la construcción canarios y otras etnias desplazados a dicha población para trabajar en la edificación de iglesias.

CURIOSIDAD DESPERTADA EN EUROPA POR ESTOS NUEVOS SERES

En el Museo de Gráu Vasco (Portugal) se conserva un lienzo (1505) representando la Natividad; la aparición del indio americano planteó un problema a la iconografía religiosa, porque cada Rey Mago representaba a una parte de la ecúmene. El artista introdujo un Rey Mago con cara de indio, plumas y armado de flechas que representaba al nuevo continente. En Castilla, el rey Católico sintió cierta curiosidad por los caribes y pidió al tesorero Pasamonte que le hiciera llegar algunos. El cronista Fernández de Oviedo llevó en 1515 a seis mujeres y cuatro hombres, y cuatro años más tarde, Cortés envió un grupo de aztecas. En 1528, el mismo Hernán Cortés se hizo acompañar por una treintena de aztecas más exóticos que los antillanos, como veremos más adelante. Muchos mercaderes solían traerlos. De hecho, en el siglo XVI, su presencia se hizo corriente por lo menos en Andalucía.



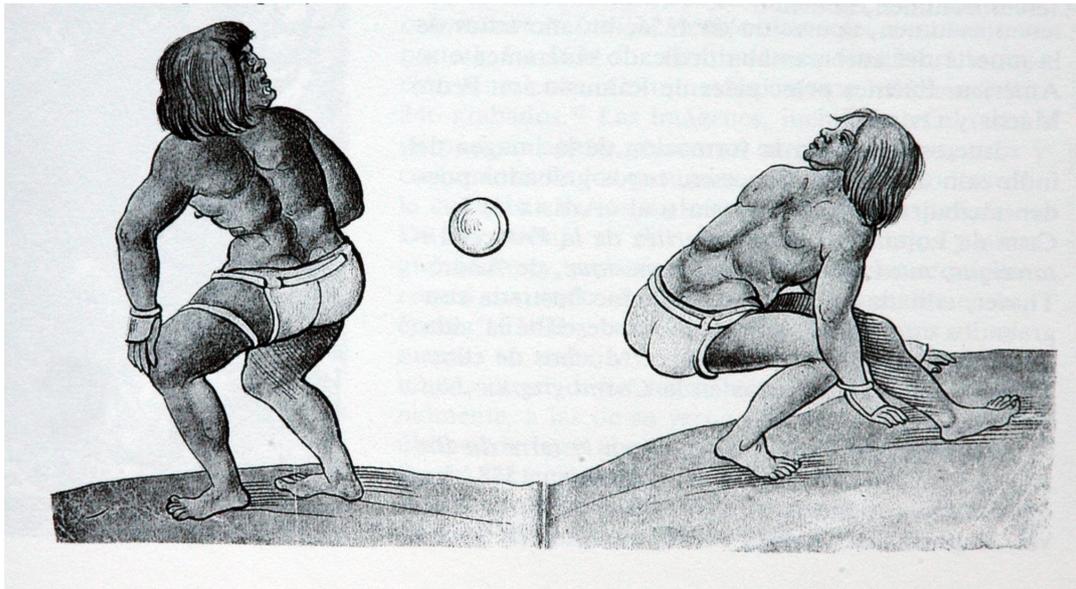
Del subcontinente norte, los primeros autóctonos embarcados hacia Europa debieron ser los que en 1500 capturaron Gaspar Corté Real y Sebastián Caboto. Este trajo algunos que enseñó a Enrique VII. En cuanto a Corté Real, el embajador en Lisboa Alberto Cantino en carta al duque de Ferrara Hércules I (17-X-1501) le cuenta que el marino portugués había traído unas cincuenta personas entre hombres y mujeres y los mostró al rey don Manuel “quien los ha visto, y tocado, y observado”. Son altos, describe, proporcionados y bien formados, de largos cabellos, rostros tatuados los “indianos” (no los caribes), ojos de color casi verde y de mirar fiero. La voz sin asperezas, humana. De porte y gestos suavísimos y muy dados a reír. Las mujeres lucen pechos pequeños, rostro gentil, cuerpos bellísimos y de color casi blanco. Desnudos, salvo las partes de sus vergüenzas que tapan con una piel.



Estos indígenas embarcados por Caboto y Corté Real debieron ser esquimales. En 1505, Binot Palmier de Gonneville volvió con el hijo de un cacique llamado Essomeric que había casado con su hija cristianizada. Más tarde, en 1522, el español Vázquez de Ayllón tomó gente del territorio de los actuales EE.UU. y se hizo acompañar por uno de ellos, llamado Francisco Chicora, que hacía en España el elogio y la propaganda de las tierras a conquistar. Después de haber partido en 1504 para el Nuevo Mundo, Cortés regresó con 43 años, famoso y rico. Aderezó barcos en Veracruz y, en compañía de varios de sus fieles, embarcó según Antonio de Herrera llevando “en los navíos mil quinientos marcos de plata labrada y doscientos mil pesos de oro y otros diez mil sin ley, y muchas y muy ricas joyas. Vinieron con él Gonzalo de Sandoval y Andrés de Tapia y otros de los más principales capitanes de nueva España; ya cristiano, que se llamaba don Lorenzo, y algunos caballeros y señores de México, Tlaxcala y otras ciudades; ocho volteadores de palo, doce jugadores de pelota, y algunos indios e indias muy blancos y otros enanos y contrahechos: trajo tigres, alcatraces, papagayos, un ayotochili, otro tlacuaces,¹⁴ animal que embolsa sus hijos para comer, cuya cola, según la opinión de las mujeres indias, ayuda mucho a los partos. Traía gran suma de mantas ricas, plumajes, ventallas, rodela, espejos de piedra y otras galanterías para presentar y en fin, venía como gran señor”.¹⁵

El acompañamiento tan variopinto y rico debió de sorprender a más de uno. El exotismo era mayor y más deslumbrantes sus personajes. Herrera es el único cronista que consigna que la expedición no recaló en Sevilla sino en la costa sureña ¿Por qué? ¿Para liberarse del control de los oficiales de la Casa de la Contratación? Con Cortés iban sus amigos, uno de ellos

Gonzalo de Sandoval, el que no creía en Dios, que murió estando en Palos y fue enterrado en el Monasterio de la Rábida.



El cortejo del hombre de Medellín siguió de Palos hacia Sevilla y participó en la fiesta que se celebró en el Alcázar con motivo del matrimonio de Carlos I con Isabel de Portugal. El festejo debió ser extraordinario por la presencia no solo de las innumerables personalidades asistentes, sino por las acrobacias circenses que los extraños indígenas aztecas, que acompañaban a Cortés, realizaron delante de los invitados y se repetiría en el Vaticano donde fueron llevados los indígenas aztecas. La estampa de los Alcázares sevillanos la amplía un testigo presencial, nada menos que el Embajador Andrés Navajero, el cual dice que vio “en Sevilla muchas cosas de las Indias y tuve y comí las raíces que llaman batata, que tienen sabor de castañas. Vi también y comí, porque llegó fresco, un hermosísimo fruto que llaman...^[16] y tienen un sabor entre el melón y el melocotón, con mucho aroma, y en verdad es muy agradable. También vi algunos jóvenes de aquellas tierras que acompañaban a un fraile que había estado allí predicando para reformar las costumbres de los naturales, y eran hijos de señores de aquellos países; iban vestidos a su usanza, medio desnudos, y solo con una especie de juboncillo o enagüetas; tenían el cabello negro, la cara ancha, la nariz roma, casi a ceniciento; mostraban tener buen ingenio y vivo para todo, pero lo singular era un juego de pelota que hacían a estilo de su tierra: la pelota era de una especie de leño muy ligero y que botaba mucho, tamaña como un melocotón o mayor, y no la rebatían con las manos ni con los pies, sino con los costados, lo que hacían con tal destreza que causaba maravilla verlo; a veces tendían casi en tierra para rebatir la pelota, y todo lo hacían con gran presteza”.¹⁷ Al francés Jacques Cartier (1534) le correspondió mostrar en Francia a los primeros aborígenes de Norteamérica, los cuales constituyeron una atracción en desfiles y cortejos. Recordemos el de Enrique II y de Catalina de Medicis en Rouen, igual que Carlos IX, que también en Rouen sostuvo una entrevista con indios brasileños, hecho que relató en uno de sus ensayos Montaigne, al cual interesaba mucho todo lo referido a aquellos seres nuevos, cuya presencia constituía un acontecimiento histórico.

SEGUNDA VERSIÓN Y VISIÓN

Pero volvamos atrás, pues nos hemos adelantado a los sucesos.

Colón buscaba monstruos de acuerdo con viejas historias, que no encuentra; pero sí tuvo ocasión de avistar a los caníbales de la isla Caribana, seres de pelo largo al igual que las mujeres, que navegan en muchas canoas y usan arcos y flechas y comen carne humana. Lo novedoso de estos seres lo apunta ya Colón en su primer viaje, pero fueron sus compañeros del segundo periplo, el sevillano Álvarez Chanca y el italiano Michel Cúneo, quienes patentizan más esta peculiaridad en sus relatos.¹⁸



Al desnudismo del primer viaje se incorpora ahora la antropofagia. Chanca¹⁹ no sólo notifica su canibalismo en su misiva al Ayuntamiento hispalense, sino que cita las argollas de algodón que llevan en las piernas, sus largos cabellos, sus cejas y ojos tiznados, pintados de negro, blanco y colorado, que “da risa verlos, parecen locos”; usan unas camas llamadas hamacas, sus casas son de paja así como también resalta la carencia de artilugios de hierro, así como la utilización de puntas de hueso en sus lanzas y flechas. Pero para el médico sevillano lo más reseñable es su bestialismo, ya que comen culebras, lagartos y arañas. Al médico hispalense le parece que no puede haber seres más bestiales, ignorando, claro, el hambre crónica de esas zonas y los posibles significados rituales de la antropofagia.

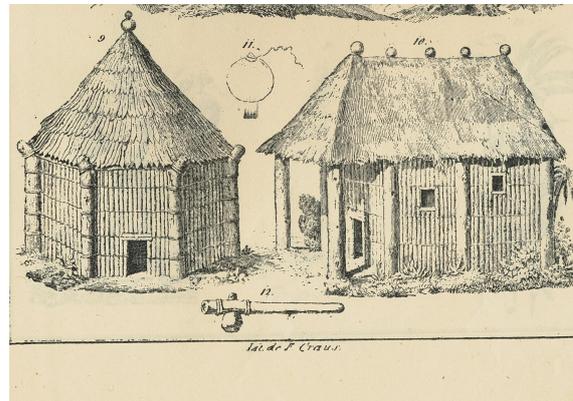
Cúneo²⁰ insiste igualmente en que viven como bestias, y distingue entre *indiai* y los *caníbales*, estos últimos desnudos siempre, de color aceitunado como los canarios, hace tópica la similitud de escasa barba y bellas piernas; sodomitas sin conciencia de su maldad, que hablan un solo idioma y se muestran fríos y poco sensuales, tal vez por su mala alimentación. Como podemos ver, son datos a resaltar en Cúneo todo lo relativo a la vida sexual: carecen de barbas, tienen bellas piernas, los senos de las mujeres son redondos y duros (él tuvo una experiencia de relación sexual con una india que cuenta descaradamente).

A la *desnudez* del taíno se ha incorporado el *canibalismo* del caribe. Notas que se van a complicar con una tercera visión. Pero antes de llegar a ella, veamos cómo el retrato de Colón, Álvarez Chanca y Cúneo se amplía o refuerza con la de Américo Vespucio.²¹

LA DISCUTIDA VISIÓN DE VESPUICIO

De Vesputio han quedado unos testimonios historiográficos discutibles: el *Mundus Novus*, donde habla de dos viajes, uno con los españoles y otro con los portugueses; y la *Lettera*, en donde habla de cuatro viajes. El primero editado en París en 1503 ó 1504 tuvo 22 ediciones en varios idiomas²² antes de 1521.

Tanto en la carta de 1502 como en el *Mundus Novus*, Vesputio persiste en el desnudismo y la antropofagia de los indígenas americanos: “Siempre desnudos, sin cubrirse sus vergüenzas, bien dispuestos y proporcionados, de color blanco y cabellos largos y negros, de poca o ninguna barba. No tienen ni ley ni fe, viven de acuerdo con la naturaleza, no conocen la inmortalidad del alma, no poseen bienes propios, ni tienen rey ni obedecen a nadie, pues cada uno es señor de sí mismo; desconocen la justicia, habitan en común en casas hechas a maneras de cabañas, carecen de metales; duermen en redes tejidas de algodón colgadas en el aire. Los hombres acostumbran a horadarse los labios y las mejillas y en esos huecos se ponen huesos o piedras. Son polígamos, teniendo hasta diez mujeres; son celosos de ellas, y si les son infieles, las castigan; viven muchos años; no saben contar los días, ni conocen los meses y años; son gente belicosa y entre ellos muy crueles”.



En el *Mundus Novus*, Vesputio incluye algunas notas tipificando a este aborígen que acaba de descubrir, puesto que nos dice ahora que tienen cuerpos grandes, membrudos, bien dispuestos y que son de color tirando a rojo. Son ágiles en el andar y en los juegos. “Vi en algunas casas la carne humana salada y colgada en las vigas, como en nosotros se usa colgado el tocino y la carne de cerdo. Ellos se maravillaban de que nosotros no matásemos a nuestros enemigos y no nos los comiésemos, puesto que sabrían sabrosísimo. Ellos se comían entre sí, incluso a los asesinados”.²³

Las traducciones al alemán de las cartas de Vesputio fueron las que difundieron la imagen del canibalismo del indio americano. En la carta de 1505 aparecen ilustraciones en las que se ven a los indios comiéndose piernas y brazos cortados. Lo curioso de estas ilustraciones es que a esos indios se les colocan unas prendas de plumas propias de los brasileños tupinambas. La verdad es que Vesputio en su versión ofrece una doble cara. Esta doble cara se continuará en las ilustraciones de Hans Staden, Andrés Teveth y Teodoro Bry. Lo opuesto se expresa en el bello dibujo de Alberto Durero, incluido en un libro de horas del emperador Maximiliano (1515). Durero debió inspirarse en la indumentaria de los tupinambas que participaron en un desfile triunfal del emperador.

LAS CARTAS DE ANGLERÍA

No está de más que a esta imagen del aborigen americano difundida por Colón, Chanca, Cúneo y Vesputio incorporemos las noticias que el humanista Pedro Mártir de Anglería difunde mediante una serie de cartas cuyo contenido recoge lo que se oye en sus medios, que son los de la Corte.²⁴ A partir de 1493, Pedro Mártir de Anglería, humanista en la corte castellana, escribe a distintas figuras italianas, cartas en las que se hace eco del descubrimiento colombino. A diferencia de la nómina anteriormente citada, Anglería se convierte en un difusor de esta noticia del descubrimiento, puesto que a diferencia de los anteriores, no ha puesto pie sobre el Nuevo Mundo.

Informa en una de esas primeras cartas, y hablando del descubrimiento de Colón, que duda que haya lestrigones o polifemos que se alimentan con carne humana, al igual que Vesputio, identifica a las Canarias con las Afortunadas, y hablando de los aborígenes americanos, señala que son feroces, entre los que hay caníbales, que aunque andan desnudos son bravos y guerreros. Se valen de arcos y son caníbales o caribes, que usan unos faluchos que llaman canoas. Castran a los niños, como “nosotros a los pollos”, cuando ya han crecido y engordado los degüellan y se los comen. Sus casas son redondas, dentro de las cuales se han encontrado piernas saladas de hombres colgadas, a semejanza de lo que se hace con los cerdos.

Sin duda Anglería se hace eco, en esta carta, de los escritos de Vesputio. Aclaran que los nuestros son gentes enviadas del cielo y los veneraron como dioses. Van desnudos excepto las mujeres violadas, que cubren solamente las partes vergonzosas de su cuerpo con ciertas enaguas de algodón; los hombres, en la mayoría de los lugares, cubren sus vergüenzas con calzoncillos de algodón; otros las meten en un calabacín, y otros atan el prepucio con una cuerda, cuando el nervio está encogido y solamente lo sueltan para orinar o para el coito; por lo demás, van siempre desnudos. Insiste en la redondez de los llamados bohíos, construidos con vigas de madera, cubiertas con hojas de palma, que no tienen hierro, sus camas las tienen colgadas y son unas mantas de algodón que penden de unas cuerdas que están atadas a las vigas, etc.

Anglería, como buen milanés, está orgulloso de los descubrimientos castellanos y promete a uno de los destinatarios de sus cartas que algún día sacará a la luz “un libro particular sobre estos descubrimientos, que a su juicio son más extraordinarios y dignos de admiración, que los descritos por los antiguos cosmógrafos” (Valladolid de 1513).²⁵

LA VISIÓN LUSITANA

Por lo que se refiere a la visión lusitana, el punto de partida sería la carta de Vaz de Caminha al rey don Manuel I en la que, como en el caso español, resulta evidente la actitud de superioridad del autor de la misiva.²⁶

Pero Vaz de Caminha, compañero de Cabral en su expedición a la India que toca en el Brasil, nos dejará una también primera visión del indio americano, un ser inocente, primario, de poco conocimiento, fácilmente cristianizable, al que le cuesta trabajo aceptar la alimentación europea. Caminha, en su escrito, pone gran atención al hombre y a la fauna autóctona. Habla de papagayos, de desnudismo, sencillez y afabilidad de los naturales, pero no puede sustraerse a la comparación de los indios con “las aves o alimañas montañeses”, llamándoles “gente bestial”, muchas de ellas sin casa ni moradas donde guarecerse. “Me parece gente de tal inocencia que, si el hombre los entendiese y ellos a nosotros, serían luego

cristianos. Porque ellos, según parece no tienen ninguna creencia. No labran ni crían, no tienen ni bueyes, ni vacas, ni ovejas, ni gallinas... ni ningún animal que esté acostumbrado a vivir con los hombres”.

Testimonios negativos análogos a estos los encontramos, nada más y nada menos, que en los jesuitas Padre Nóbrega y Padre Anchieta. El Padre Anchieta, como Nóbrega -según indica el autor J. S. Da Silva Dias-²⁷ subraya que los indígenas brasileños se alimentan de carne humana, andan desnudos, no adoran a nada ni conocen a Dios. La visión del indio por parte de los laicos es a veces más dura que la de los jesuitas. La colonización, ya en la segunda mitad del XVI, irá suavizando estos juicios negativos que nos recuerdan a los de algunos españoles que a principios del XVI polemizaron en las Antillas.

La idea de estos cronistas ha sido obtenida tras días de convivencia y, como en el caso español, sería reforzada con la presencia en la metrópoli de indios transportados por los mismos expedicionarios. A los primeros, embarcados por Álvarez Cabral, se añaden otros, como los 35 enviados en 1511.

El mágico mundo de ideas y la existencia, aparentemente sin problemas, de los indígenas, ejercieron un fuerte poder de atracción sobre los europeos al comienzo de los viajes de descubrimiento a Ultramar, mucho antes de que la moda literaria del siglo XVIII propagara la figura del buen salvaje. Ya entre los portugueses que en el siglo XV frecuentaban las costas de África hubo tráfugas, los llamados *lançados* o *tangos-maos*, que se retiraron a los territorios del interior a vivir en comunidad tribal como consejeros o respetados médicos. En 1518 se decidió en Lisboa que, estos *lançados*, serían condenados a muerte. No parece sin embargo que la orden fuera ejecutada nunca. Este fenómeno en el caso español se daría ya durante la colonización en la zona chilena. También en el Pacífico se dieron las huidas de europeos que se refugiaron en la sociedad aborígen buscando paraísos.

LA IMAGEN DEL INDIO EN LA CARTOGRAFÍA Y EN LOS GRABADOS

Los indígenas del Caribe, primeros que vieron los europeos, fueron también los primeros en ser pintados. Los habitantes del Brasil, avistados por los portugueses o por Vesputio al servicio de ellos, serían los segundos en ser representados.

Hasta mediados del siglo XVI, la iconografía que muestra al hombre americano es desigual y está muy dispersa. No se percibe en ella una auténtica preocupación científica; los autores no pretenden retratar con exactitud y por lo general no han presenciado lo que plasman.

Ya en 1501 y 1502 llegan aborígenes americanos a Portugal e Inglaterra:

- En 1502, el mapa portugués llamado Kutsman II, con las costas del Atlántico sur, incluye una escena narrada por Vesputio en su tercer viaje (o segundo) de 1501-2, cuando uno de los marineros fue asesinado y comido probablemente por los tupinambas. La escena muestra a un indígena desnudo asando a un cuerpo humano.
- En la carta de Vesputio de 1505 traducida al alemán, se representa a los primitivos pobladores del Brasil adornados con plumas comiendo seres humanos. Al fondo se distinguen dos barcos. Erróneamente los brasileños han sido representados con barbas, y hay un especial énfasis en la descripción de los adornos de plumas. Parece como si los

artistas europeos tuvieron dificultad para pintar a aquellos seres desnudos, por lo cual les colocan unos faldellines, cinturones y coronas o adornos de plumas.

- En 1505-6 se publicó en Nüremberg una hoja suelta en la cual se distinguen tres carabelas entrando en un río, tal vez el de la Plata, en cuyas márgenes se divisan grupos de nativos que portan cinturones de hojas o plumas y adornos en la cabeza y en uno de ellos es posible distinguir piedras incrustadas en su pecho, tal como se veía en el anterior dibujo y tal como Vespucio describe. Hay también mujeres con solo cinturones.



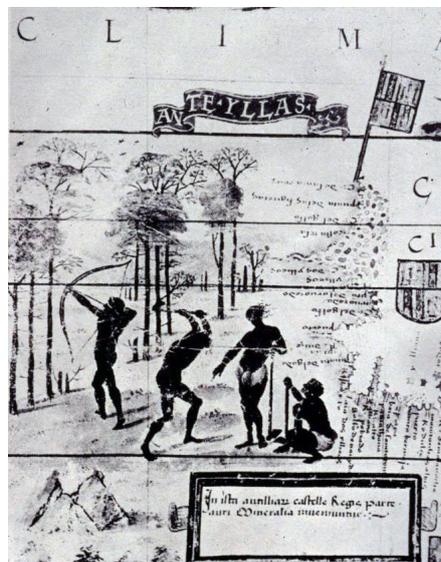
- Entre 1513-19, Maximiliano I encarga una pintura triunfal, ya citada, conmemorativa de la cual se conservan 137 grabados en madera, de los cuales 66 son de Hans Burgkmair el Viejo, dos de Dürero y los restantes se atribuyen a A. Altdorfer, Wolf, Huber y otros artistas. Realizados en una época en que aún se creía que las Indias colombinas formaban parte de Asia, los artistas asocian libremente los motivos orientales con los occidentales. En la procesión marchan juntos elefantes, bueyes, monos, loros e indios e indias pertrechados de mazas, flechas, espigas, hachas, faldas y sandalias.





- En 1515, Alberto Durero también trabajó para Maximiliano I e ilustró un Libro de Horas, anteriormente citado, donde para el salmo 24 dibujó una figura que ha sido identificada con un indio tupinamba, aunque no parece que Durero tuviera noticia de ellos. El indio en cuestión viste unas sandalias que los aborígenes brasileños no usaban. Realmente el personaje parece más un ser europeo que un americano.

- En 1519, el denominado Miller Atlas de la Biblioteca Nacional de París contiene un mapa del Brasil. En él es posible ver una escena selvática con ocho indígenas pertrechados de arcos, flechas, escudos, faldas y capas de plumas de múltiples colores. La estampa da la sensación de estar inspirada en observaciones directas porque las capas recuerdan a las de los tupinambas. Algunos de los indios cortan y transportan maderas (¿palo Brasil?), acción que narra Pero Vaz de Caminha en su carta ya citada a Manuel I. En el mismo Atlas, la llamada Carta Atlántica exhibe una ante-ilha al norte de América del Sur, dentro de la cual hay cuatro personas, dos negras con arcos, flechas y un hacha, y dos blancos vistiendo telas de color púrpura, con brazaletes, pendientes y ornamentos que pudieran ser indios.





- En el Museo de Nuremberg existen once descripciones de indios aztecas que fueron enviados por Cortés a Carlos I, pertenecientes a 1529. Tales indígenas los pintó Christoph Weidifz, un artista vinculado a los Habsburgos. Estas pinturas muestran a tales seres en diversas actitudes: un indio jugando, un indio guerrero, un indio noble con falda de plumas y loro, un indio con un cuenco en la mano, etc.

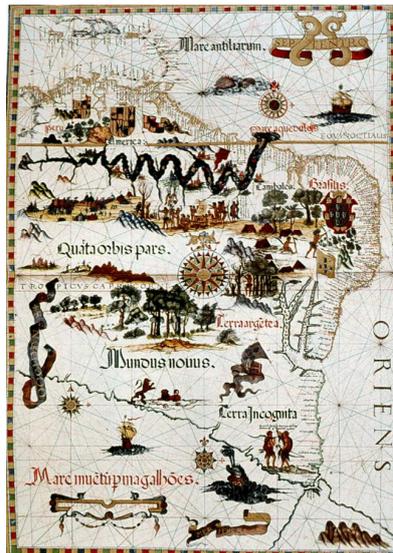


- El Atlas de Jean Rotz (1542) contiene doce grandes mapas con escenas etnográficas de todo el mundo. En uno de ellos figuran hombres con arcos y flechas vistiendo largas faldas azules.
- En la carta náutica de Sebastián Caboto (1544) es posible divisar dos indígenas sobre el subcontinente norte, y uno en Tierra de Fuego que porta un escudo y una gran lanza. Con similares atuendos o taparrabos ha colocado el cartógrafo unos nativos brasileños que acarrear montones de leña o cortan palo-brasil, o disparan flechas contra dos conquistadores armados en plena Amazonía.

- De 1547 es un Atlas conservado en la Huntington Library unido al nombre de Nicolás Vallard que contiene 15 mapas decorados y referidos al Nuevo Mundo seis de ellos. En uno, limitando a la parte del Canadá, es posible divisar unos indígenas vestidos con pieles y pertrechados de arcos y largas lanzas. En otro, plasmando el Brasil con unos indios de piel rosada, vestidos con faldas de plumas rojas, blancas y azules. Algunos de ellos -tal y como ya vimos en otras cartas- cortan y trasladan maderas para los europeos. Mientras que en el mapa de Pierre Descelliers (1550) vemos grupos de indios brasileños vestidos con faldellines, que combaten con porras y arcos. Sobre la Patagonia se ha colocado una pareja formada por un hombre y una mujer que parecen más europeos que indígenas. En ese año de 1550 hubo festejos de tipo brasileño para recibir en Rouen a Enrique II. En el mapa de Guillaume de Teste (1556) hay un grupo de indios totalmente desnudos, con arcos, sobre el territorio de los EE.UU. Interesantes para el conocimiento de la imagen del indio son los grabados de André Thevet (París 1557). Año en que se publican dos libros de viajes de Ramusio (Raccolta) con influencias de Anglería y Fernández de Oviedo.



- Un mapa de Diogo Homem, que forma parte de un Atlas (1558), exhibe una docena de indígenas recogiendo palo brasil en la zona de la Amazonía, y más al sur, en la Terra Incógnita, se ve una pareja vestida de pieles con arcos y flechas. La cartografía lusitana fue siempre rica llegado el momento de rellenar los interiores de las tierras. Una joya suya, el mapa de Sebastián Lopes (1558) muestra un solitario indio cortando árboles o palo brasil. Y en la elegante carta de Diogo Homem (1568), el solitario indio no corta leña, sino que se entretiene en asar una pierna humana bajo el dosel de una etiqueta que reza *Caníbales*, mientras que en la zona sur vuelve a aparecer la pareja de aborígenes, ahora ya en la “Terre Argénteá”.



- Sobre estas iniciales experiencias y otras que desconocemos y también tempranas se basarían las tardías de Pero de Magalhaes Gandavo (1569-76) y de Gabriel Soares de Sousa (1587) que pintan unos seres crueles, vengativos, ingratos, inconscientes que solo piensan en comer y en matar. Galvao anecdóticamente menciona que en la lengua indígena faltan tres letras, la “F”, la “L” y “R”; sin *Fe*, sin *Ley* y sin *Rey*. El broche a este vía crucis de la crueldad de los europeos al canibalismo indígena lo pone Teodoro de Bry en 1590 con el primer volumen de su monumental obra concluida en 1634, y en la que su condición de protestante que odia a los españoles, merece especial atención.

La actitud de superioridad europea persiste en uno u otro caso. Pese a la positiva impresión que le ha causado las altas culturas, las mentes europeas no podían desprenderse de ideas y prejuicios negativos.

POLÉMICAS EN TORNO AL ORIGEN Y NATURALEZA DEL INDIO

Atribuirle irracionalidad al indígena americano fue algo generalizado al principio y que incluso se llevó al continente, delineándose tres grupos: 1) Los que defendían que el poblador de América era un ser racional. 2) Los que sostenían que era un ser irracional. 3) Los que admitían que era una mezcla de hombre y bestia. El tema fue resuelto tempranamente por figuras como Vitoria o el padre Acosta, aunque persistiesen sus flecos. La Iglesia pronunciada a través de las órdenes religiosas lo hizo desde el solio pontificio tardíamente con la bula *Sublimis Deus* (1537) de Paulo III declarando que los indios eran seres humanos capaces de comprender y recibir la fe cristiana.

A estas alturas se habían producido notables asentamientos europeos en el continente americano, tras roces, contactos y choques con diversas etnias que enriquecieron la visión tenida del aborigen. En general, el europeo del Quinientos, a base de leer los textos de Colón, Vesputio, Anglería, Schmidel, Staden, Benzoni, Cortés, Las Casas, etc., compuso una triple imagen antropológica-cultural del habitante del Nuevo Mundo: 1) La del indio idealizado, bello, primitivo que vive en una Edad de Oro, ajeno al salvaje peludo medieval. 2) El indio feo, bestial y canibal, selvático, más cercano al veloso medieval. 3) La del indio de las altas culturas, admirable por sus realizaciones culturales, pero despreciables por sus ritos cruentos y demoníacos y, algunos, por las prácticas sodomíticas. Pero en publicaciones del XVII y XVIII, tipo Bloeu, se ofrecía un conocimiento de las altas culturas americanas bien lejanas de

aquellos seres vestidos cual sus madres los parieron, desconocedores de lo que para un europeo era algo tan insignificante como un trozo de cristal o un cascabel.

Al Estado le preocupaba la racionalidad del aborigen, por lo que ya en 1509 se había dispuesto que vistieran y anduvieran como seres razonables (cuando Hernán Cortés llegó a Cholula le llamó la atención que hubiera mendigos al igual que en España y en otras partes en que hay gente de razón).

Junto con la descripción antropológica del indígena, los europeos han venido dándonos notas en torno a su origen: si son mansos, si son feroces, si poseen religión, etc. ¿De dónde procedían estos seres? De algún sitio debían de proceder porque la Biblia afirmaba que el género humano descendía de Adán. Paracelso (1490-1551) afirmó que Dios creó un segundo Adán para el Nuevo Mundo. Las tesis se prodigaron desde Ulises que abandonó Troya tras su destrucción y las discusiones con diversas teorías se sucedieron hasta el siglo XVIII. La doble postura obtenida hasta el momento de unos indios mansos y desnudos y de unos indios feroces y caníbales, ha adquirido complejidad al comenzar las polémicas en torno al origen de estos seres, su naturaleza o racionalidad; qué derechos se tiene para someterlos a una servidumbre y hacerles la guerra, etc. Marginemos los temas referidos a su origen y guerra justa, y fijémonos en el tocante a su naturaleza ¿eran seres racionales o bestias? Para muchos, y con base en Aristóteles, el indígena era esclavo por naturaleza: por malos, por corruptos y por bestias. Curiosamente, el mismo Aristóteles que servía para condenarlos, es usado por Las Casas para salvarlos. Porque el estatigirita sienta la existencia de dos tipos de seres: unos fuertes y robustos nacidos para ser esclavos; otros débiles y frágiles, nacidos para ser libres. Y el indio era un ser débil.

Desde comienzos la opinión sobre la naturaleza del indio se dividió, en especial en lo tocante a su capacidad para vivir según las costumbres de los españoles y recibir la fe cristiana. Para vivir como un campesino castellano, se dice. Un bando, que lo podrá representar Las Casas, consideraba a los aborígenes cual nobles salvajes; otros, representado por Fernández de Oviedo, los valoraban cual “perros cochinos”. Para el dominico sevillano, el indio era un ser simple, sin maldades, sin dobleces, obediente, delicado, de tierna complexión, paupérrimos, propensos a la muerte ante cualquier enfermedad. Serán los seres más felices del mundo si conocieran a Dios, como ya dijimos al hablar de lo que Las Casas tomó de Colón. Lo significativo es que tal rebajamiento de la naturaleza del indio sería en el XVIII la base de los pensadores que filosofan sobre lo corrompido y degenerado que es el indio (Bufon, Hume, Voltaire, Raynal, De Pauw). Incluso William Robertson en su *Historia de América* (1777) acaba aceptando la idea de ser apático, sin alegre disposición para el trabajo, sin ganas de mejorar o hacer algo útil; ocioso, dado a la danza y a la embriaguez. Imagen que en parte persiste todavía.²⁸

Precisamente Fernández de Oviedo, con teorías antagónicas a las de Las Casas, era quien hablaba de unos insulares que únicamente piensan en comer, beber, lujuriar, idolatrar, ociosos, viciosos, de poco trabajo, melancólicos, cobardes, mentirosos, de poca memoria...

Hasta 1512 primó esta escuela.²⁹ La denuncia que realizan los dominicos³⁰ en La Española con el famoso sermón de Montesinos y las Leyes llamadas de Burgos que, a continuación, dicta el Estado (1512), intentan acabar con esta postura de los colonos. Las normas demuestran que el Estado comprendía que había que reglamentar la vida del indígena inclinado a la ociosidad y a los malos vicios. Hay que vigilarlos de continuo para que no recaigan. Este mismo año de 1512 se ordena enviar esclavas blancas, moriscas, a las Indias

por falta de mujeres españolas para evitar la unión con indias “tan apartadas de razón”. Pero en 1515 se reconocía el derecho de los indios a casarse con quienes quisieran. En esta fecha ya existían casas de prostitución en las Antillas.

En las próximas centurias se prodigarán las representaciones del indio o de toda América. En desfiles, entradas triunfales, nacimientos o muertes de personajes reales, en óleos y pinturas para palacios, etc. el indio americano o la figura que representa al Nuevo Mundo. No es raro que posea un rostro europeo pero que sí le adornen una serie de detalles que han venido sirviendo para identificar a aquellas tierras: plumas en la cabeza, collares, arcos y flechas, faldellines y algún animal que también sirve para simbolizar lo original de lo descubierto por Colón (Rubens, Rembrandt, Jordan, Tiépolo). Son alegorías exóticas y extravagantes de América.



Como algo singular quisiéramos referirnos a algunas de estas representaciones del indígena americano que siguen la tradición de emplear los elementos típicos citados. Por ejemplo, el extraordinario Cristo de la Encina (1763) en el cual un indio adora a la imagen de un árbol convertido en crucificado, posible de admirar en la parroquia de San Mateo de Cáceres.



En Canarias cabría señalar ya en el siglo XIX la existencia de óleos en los que el indígena americano, dibujado por el artista, responde al modelo clásico. Más notable, por su

perfección, dibujo y colorido es, sin duda, el indio extendido a los pies que cierra el retrato de don Luis de la Encina, obra de José Issavarri Acosta de 1813, conservado en la Catedral de Santa Ana en Las Palmas de Gran Canaria.

Nos parecen interesantes la representaciones gráficas existentes en el que fuera el convento de San Agustín e Iglesia de Santo Domingo de la localidad sevillana de Marchena, donde observamos rostros con elementos típicos utilizados por los artistas del momento al trazar las características del indígena americano, uno de ellos realizado en azulejería o formando parte de la decoración de los arcos, y otro integrando en la parte inferior de un banco de retablo de madera.



Ofreciendo cierta originalidad nos encontramos con respecto a anteriores representaciones, con la cabeza del indio tallada en la portada principal de la fábrica de tabaco de Sevilla, hoy Universidad. Dicha imagen, a los elementos típicos, y es el único caso que conocemos, luce una nota que no habíamos, todavía, encontrado y es que el indio fuma una cachimba. De modo que a las plumas, coronas, etc., hay que añadir el tabaco como símbolo de América.



NOTAS

- ¹ Fundamentales para este estudio resultan las obras: ELLIOT, J.H. *El viejo Mundo y el Nuevo (1492-1650)* 4ª. Reimp, Alianza, D.L., Madrid, 1997, CHIAPPELLI, Fredi. *First images of America*, edited by... University of California Press., Berkeley. 2 Vols.; “La imagen del indio en la Europa Moderna”, Sevilla, *Simposio Internacional sobre la Imagen del Indio en la Europa del s. XVI y primera mitad del XVII* (1º. 1987 La Rábida, Huelva), Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1990; ROJAS MIX, Miguel. *América imaginaria*, Editorial Lumen, Barcelona, 1992; COLÓN, Cristóbal. *Libro de la primera navegación*. Transcripción, estudio y notas de Manuel Alvar y F. Morales Padrón, Colección *Tábula Americae*, Madrid, 1984.
- ² COLÓN, Hernando. *Historia del Almirante*. Traducción, introducción de Manuel Carrera Díaz, Casa de Colón, Ariel, Barcelona, 2003. Cap. IX, p. 60.
- ³ *Le Canarien*, manuscritos, transcripción y traducción de Berta Pico, Eduardo Aznar, Dolores Corbella. Instituto de Estudios Canarios, La Laguna, Santa Cruz de Tenerife, 2003. Crónica debida a los clérigos Pierre Boutier y Jean Le Terrier. Narra las exploraciones, descripciones e intentos de conquista entre 1402-1404 por Jean de Bétencourt y Gadifer de La Salle. Es como una primera crónica emparentada con la crónica castellana que cuenta ya la anexión de Gran Canaria y de las que tratarán de las conquistas en el continente americano.
- ⁴ Hernando Colón, *op. cit.*, Cap. XXX.
- ⁵ Colón sin duda por lo que ha leído en Plinio y Marco Polo, cree ver sirenas: “vido tres sirenas que salieron bien alto de la mar, pero no eran tan hermosas como las que vi en Guinea en la Malagueta”. El tema, obsesivo en el mundo clásico viaja, como se comprueba a Canarias y viaja al Nuevo Mundo desde el primer instante que los descubridores arriben, y así lo demuestra Anglería, atento notario siempre curioso por las novedades quien nos confiesa: “Alguna vez hemos dicho que Maya es una región vecina de Chiribichí, y notable por sus salinas. Recorrian sus costas los españoles extendiendo la vista por el mar, mientras los demás jugaban o se estaban sin hacer nada: echaron de ver algo desconocido que nadaba en la superficie: fijando la vista y pensando qué sería, declararon haber visto una cabeza humana con pelo, barba poblada y brazos. Mientras lo miraban en silencio, el monstruo admirado iba nadando a vista de la nave. Dando grandes gritos despertaron a sus compañeros, y al oír las voces el monstruo, se espantó y se zambulló. Dejó ver que la parte del cuerpo cubierta bajo el agua terminaba en pez, habiéndosele visto la cola, con cuya sacudida enturbió el agua del sitio aquel estando el mar tranquilo. Nos parece que serán los Tritones que la antigua fábula llama los hijos (*rubicines?*) de Neptuno. Muchos han referido que se vio otro monstruo de esa clase junto a la isla de Cubagua, famosa por la pesca de perlas y vecina de la Margarita. Se dice que en nuestro mar Cantábrico se han oído en ciertos tiempos del año, voces de doncellas que cantaban con armonía; piensan que es el canto de éstas cuando, por el apetito de procrear prole, están en celo”.
- ⁶ AZCÁRATE, José María de. “El tema iconográfico del salvaje”, *Archivo Español de Arte*, Madrid, 1948, núm. 82 (abril-junio), pp. 81-91.
- ⁷ ALEGRÍA, Ricardo. *Las primeras representaciones gráficas del indio americano*, San Juan de Puerto Rico, 1978.
- ⁸ Para nada se trata en *Le Canarien* de monstruos, pero sí que se afirma que en la isla de Hierro se ven cosas extrañas. Por monstruos se consideraban a los icántropos, cinocéfalos, unicornios, montícoras, hombres con cola. Colón habla de ellos en sus Cartas, párrafo 13 y San Agustín y San Isidro dan una relación de ellos.

- ⁹ La fábula de los gigantes gozará de una gran difusión y se maridará con la de los patagones y de las amazonas. Veremos con todo detalle en el diario de Pigafetta, demostrándose que fueron falsas apreciaciones de las del gigantismo asignado, sin olvidar que Magallanes era portugués y que de patá (en portugués patao) y patagones o de patón (rústico, pata larga) pueden, repetimos, derivar los calificativos.
- ¹⁰ Hernando Colón. *Op. cit.*
- ¹¹ LAS CASAS, Bartolomé de. *Historia de las Indias*. Cap. XL, Lib. I.
- ¹² BERNÁLDEZ, Andrés. *Memoria del reinado de los Reyes Católicos*. Edición de J. M. Carriazo y M. Gómez Moreno, Academia de la Historia, Madrid, 1962. Cap. 131, pp. 333-34.
- ¹³ Bernáldez era cura de Los Palacios y tuvo de huéspedes en su casa a Rodríguez Fonseca y a Colón.
- ¹⁴ Los tlacuaches, también conocidos como churchas, zarigüeyas, cuicas, catitas, zorras mochileras, llacas, coyopollines, comadreas overas y mucuras, entre otros nombres, son marsupiales americanos.
- ¹⁵ HERRERA, Antonio de. *Historia general de los hechos de los castellanos en las Islas y Tierra firme del Mar Océano*, Academia de la Historia, Madrid, 1934. T. VIII. Lib. IV, Cap. 1.
- ¹⁶ Sin duda se trata de la piña americana. Similar espectáculo se celebró en Toledo y hasta el Vaticano serían exhibidos.
- ¹⁷ *Viaje a España del Magnífico señor Andrés Navajero (1524-1526). Embajador de la República de Venecia ante el Emperador Carlos V*. Traducción y estudio preliminar de José María Alonso Gamo, Editorial Castalia, Valencia, 1951.
- ¹⁸ Vid F. Morales Padrón. *Primeras cartas sobre América, 1493-1503*. Sevilla, 1990, carta de Diego Álvarez Chanca.
- ¹⁹ Vid. F. Morales Padrón. *Loc. cit.*, pp. 111-137.
- ²⁰ Vid. F. Morales Padrón. *Loc. cit.*, pp. 141-162. Carta de Michel de Cuneo.
- ²¹ Vid. F. Morales Padrón. *Loc. cit.*, pp. 211-225. Carta de Américo Vespuccio desde Sevilla a Lorenzo Pierfranco di Medici.
- ²² VESPUCCI, AMERIGO. *Cartas de Viaje*, Alianza Editorial, Madrid, 1986. Cfr. FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, M. *Viajes de Américo Vespuccio*, Madrid, 1935.
- ²³ Idem, pp. 102 ss. *Carta de Amerigo Vespucci sobre las islas recién halladas en cuatro viajes suyos*, Lisboa, 1504.
- ²⁴ MÁRTIR DE ANGLERÍA, Pedro. *Décadas del Nuevo Mundo*, Buenos Aires, ed. Bajel, 1944.
- ²⁵ Vid. Cartas sobre el Nuevo Mundo de Pedro Mártir de Anglería, a Don Luis de Mendoza, hijo del conde de Tendilla el 18 de diciembre de 1513.
- ²⁶ Vid. F. Morales Padrón. *Loc. cit.*, pp. 229-255. Carta de Pedro Vaz de Caminha. Versión portuguesa: *Carta de Pero Vaz de Camina a E' - Rei D. Manuel sobre o achamento do Brasil*, Sintra, Publicações Europa-América, 1987.

- ²⁷ Cartas jesuíticas-II. Cartas Avulsas, en una carta de 1551, pp. 70-71; cfr. 51-52 y 72-73. Vid. J. S. da Silva Dias. *Influencia de los descubrimientos en la vida cultural del siglo XVI*.
- ²⁸ GERBI, Antonello. *Viejas polémicas sobre el Nuevo Mundo: comentarios a una tesis de Hegel*, Lima, Banco de Crédito del Perú, 1943. *La naturaleza de las Indias Nuevas*, México, 1978. *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica 1750-1900*, Fondo de Cultura Económica, México, 1955.
- ²⁹ HANKE, Lewis. *La lucha por la justicia en la conquista de América*, Sudamericana, Buenos Aires, 1949.
- ³⁰ *La teología y los teólogos-juristas españoles ante la conquista de América / españoles ante la conquista de América / Venancio Carro*, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, Madrid, 1944.